

### **3.2.2. “SABER MOVERSE”. CON LA ASCENDENCIA DE UN LÍDER.**

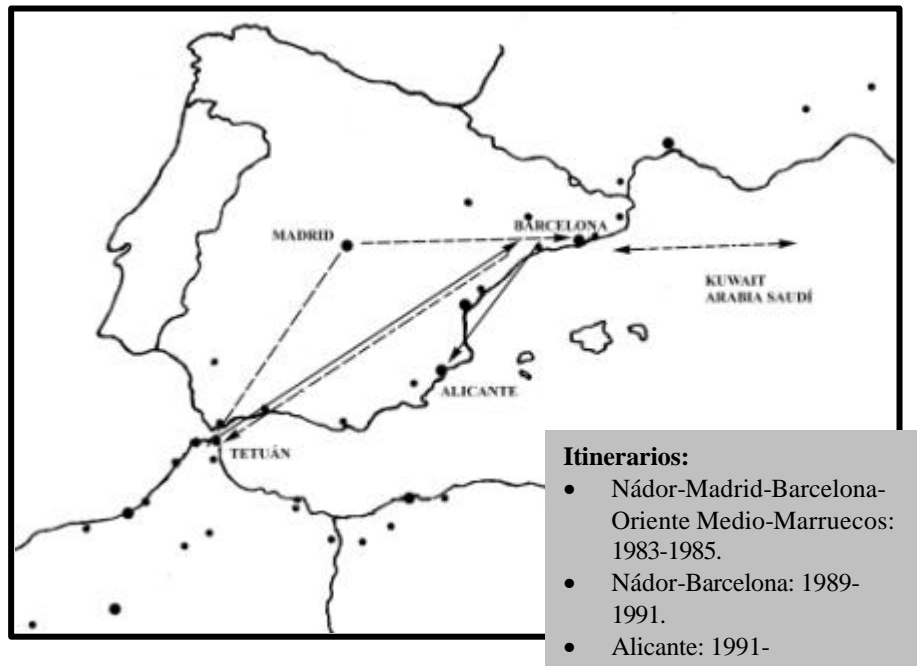
*“Bien pronto se vio que, aun trabajando, el emigrado no salía de apuros. La retribución en muchos casos era ínfima, y la ocupación conseguida tras no pocos esfuerzos muy precaria; podía durar unos meses, unas pocas semanas o sólo días.*

*La necesidad aguzó el ingenio de algunos, con escasa fortuna muchas veces. Un abogado madrileño, si no recuerdo mal, se decidió a poner con su señora un tenderete callejero para la venta de churros en las inmediaciones de un cine de barrio. El primer día no vendieron ni uno. Aquel distinguido jurista, alto, de buena presencia, con indumentaria todavía en buen estado, lejos de atraer impresionó por su aspecto señorial a los pobres negritos que salían del espectáculo. Miraban sorprendidos al matrimonio de “españitas”, como ellos nos llamaban, y en vez de comprar la baratísima mercancía, se alejaban recelosos. Al día siguiente los improvisados comerciantes cambiaron de táctica. El caballero español, antes de entrar en funciones, adquirió otro aire quitándose la corbata y la chaqueta, desabotonándose la camisa y subiéndose las mangas. Ese día ganaron uno o dos pesos.”*

(Llorens, V.: *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 40).

### Historia nº 3. C: La expansión de las empresas españolas en el mercado marroquí.

Ilustración 10. Desplazamientos migratorios de C°:



El dominio de los idiomas oficiales y el conocimiento de los resortes administrativos son necesarios para desenvolverse en la sociedad. Estos saberes otorgan prestigio al emigrado que los posee y le permiten erigirse en líder para su grupo de allegados. Tiene poder porque ejerce una función mediadora básica entre los extranjeros, las autoridades, los empleadores e, incluso, las personas que los primeros, a título individual, puedan conocer durante su trayectoria (por ejemplo, traduciendo conversaciones o aconsejando a los interesados). Sin embargo, aprender y manifestar una firme voluntad de integrarse no será suficiente para entrar a formar

parte de los circuitos en que se mueven y trabajan los españoles. Al menos, si no acompaña la fortuna.

C nació poco antes de que Marruecos se convirtiera en un estado independiente, en el territorio que constituía el protectorado español. Pertenece a una familia de clase media alta, que sufrió un proceso de empobrecimiento paulatino tras la temprana muerte del padre, un comerciante emparentado con notables de la región. Es el primogénito de los hermanos y fue el único en recibir educación universitaria, pero subraya que ellos consideraban necesaria la escolarización de las niñas también. Sólo su padre sabía leer y escribir. La madre vive recluida en el hogar. Según C, por propia iniciativa. El tráfico y el ruido perturban a la anciana y hace años que ni siquiera sale al mercado. Recibe en su domicilio a parientes y vecinas, jóvenes y viejas, recita el Corán y sana los males de madres e hijos, y nadie, asegura, le discute su autoridad. Aunque respetan las tradiciones, la familia nuclear dispone de una vivienda independiente. Desde joven, C asumió la responsabilidad de la casa. Su trayectoria destaca por una gran movilidad geográfica y laboral.

Antes de concluir por entero los estudios, los conocimientos técnicos de C, una buena red de contactos y el dominio del español, el francés y el árabe clásico, le abren las puertas de las compañías extranjeras. Por espacio de unos diez años y hasta entrados los ochenta, realizará actividades comerciales, primero para sociedades francesas y, con posterioridad, para algunos empresarios españoles que intentan situarse en el mercado marroquí, fundamentalmente catalanes. Estaba casado. Había

---

• Elaboración propia.

contraído matrimonio, por decisión propia, con una compañera de la Universidad. Este primer matrimonio, sin hijos, no durará tres inviernos.

En el plano laboral, el éxito tampoco lo acompaña. Aproximadamente coincidiendo con la llegada de la década de los ochenta, sus servicios son cada vez menos requeridos. Según este testimonio, las empresas afianzan con el tiempo sus plataformas para la expansión en el Magreb y se inclinan por el envío de comerciales y técnicos desde sus sedes centrales. En 1983 viene a España, a Madrid y Barcelona, donde le ofrecen trabajo en una sociedad que pretende estrechar relaciones con Oriente Medio. Viaja a Kuwait y Arabia Saudí, países que ya conocía por otras misiones anteriores<sup>325</sup>, cobrando a comisión. Al finalizar el contrato, C regresa a Marruecos. Decide instalarse por cuenta propia.

En 1986 contrae por segunda vez matrimonio con una joven de 18 años, de origen rifeño. A diferencia del anterior, ha sido la familia, y en concreto su madre, quien ha mediado en la celebración de las nupcias. La muchacha, hasta poco antes de la boda, estuvo trabajando de administrativa en una entidad bancaria. Esta experiencia laboral la ayudó mucho durante los años en que su marido, emigrante en España, se mantuvo separado de ella. El negocio, sin embargo, no tiene el éxito esperado. Pronto nace un hijo y se agudizan las dificultades económicas.

*“Marruecos es tierra de promisión, allí llega cualquier extranjero y con dinero consigue lo que desee. A nosotros nos buscan para que les despejemos el camino. Pagan una miseria”.*

---

<sup>325</sup> También había estado en Libia.

C es contratado como capataz por una constructora española, pero el sueldo es escaso. Piensa en regresar a España. No se trataba de un puro problema de subsistencia. Tenía además que proteger la respetabilidad de su apellido y su posición social. En la decisión de emigrar entraron en juego varios factores. Lo determinante: nacían hijos y había que asegurarles un futuro. Sin embargo, también influyeron consideraciones de estatus. C habla de la obligación moral de velar por el prestigio de la familia y evitar su empobrecimiento en un contexto en que los problemas de cada cual se difunden rápidamente.

El verano de 1989 entra en España. En la casa familiar, queda su mujer, embarazada, la madre de él, su hermana menor y el niño. Otra de las chicas está casada con un emigrante y su hermano, el benjamín de la familia, vive desde 1985/1986 en Barcelona, donde trabaja en la construcción. C acude a las compañías que conoce para ofrecer sus servicios *de extranjis* (no tiene residencia legal), e intenta también, aprovechando el *tirón* olímpico, hacer negocios, pero aquí y ahora es un marroquí más y su estatuto puede colocar a los clientes, nos explica, en un compromiso si los inspeccionan. Se aloja en la vivienda del hermano, en Hospitalet. A través de sus contactos en Barcelona traba relación con algunos comerciantes alicantinos y, atendiendo las sugerencias de los amigos, invierte sus ahorros en la compra de una furgoneta. Un marroquí le hace un contrato por cuenta ajena y C empieza a dedicarse a la venta ambulante. Los envíos que recibe de vez en cuando desde el Magreb de artesanía y artículos de cuero le facilitan clientela. En 1991 fija su residencia en Alicante. Excepto en los inicios, nunca ha dejado de ser un emigrante *legal*.

*“Pero es difícil, este trabajo es inestable y, sin embargo, vendas o no vendas, debes estar siempre al día en los pagos”.*

En la actualidad, C no necesita moverse de la provincia para vender porque dispone de puestos a su nombre en los mercados. Ha servido de intermediario y traductor en situaciones conflictivas. Lo buscan en el trabajo y en su casa, donde acuden muchos marroquíes en demanda de ayuda para preparar los papeles de residencia, los visados, las declaraciones de renta o los contratos laborales:

*“Su orfandad administrativa es pavorosa. Por ejemplo, tú les das un formulario y aunque te parezca que pueden manejarse porque hablan español, no lo saben leer y escribir. Están las iniciales: V., M., ¿y esto qué significa?. Nadie nace sabiendo que son varón y mujer”.*

Entre los magrebíes, emigrantes “legales”, abundan los que han optado por delegar todos los asuntos que les conciernen a gestorías, pagando por ello recibos a menudo elevados.

*“Se despreocupan por los papeles. Tienes que avisarles de lo más mínimo, perseguirlos para que te entreguen lo que necesitas y gestionárselo además”,* nos explicaba la secretaria de una de estas gestorías.

Consideramos erróneo hablar de “despreocupación”. La angustia ante los documentos y por sus plazos de entrega y caducidad, en cualquier situación, incluso para lo más nimio, es común a la mayoría de los emigrantes que conocemos. Y casi siempre viene inducida por la falta de recursos para manejarse en el complejo

entramado burocrático. Hoy por hoy este aprendizaje resulta más necesario que los cursillos de formación profesional que se han ofrecido eventualmente en Alicante. Mientras, seguirán proliferando los negocios a costa del desamparo.

Domina el idioma, recibe invitaciones frecuentes, su agenda se encuentra repleta de nombres y citas, y ha logrado una relativa estabilidad económica, aun a costa de *olvidar* su capacitación profesional y dentro de lo que se conoce por “economía étnica”. A principios de 1995 vienen a España su mujer y los dos niños, a los que personalmente sólo trataba en los retornos vacacionales: una o dos veces al año desde su legalización. Meses antes, **C** había abandonado el piso que compartía en la ciudad para trasladarse a una vivienda alquilada en un municipio costero. Dos habitaciones, salita, baño y cocina. Suficiente. Viven con estrecheces, pero logran mandar dinero a Marruecos.

Los hijos fueron escolarizados y su padre los ayuda por la noche en los repasos. Tienen problemas con la lengua. Sobre los niños que se ven, muy pocos, por los mercados en horario lectivo, **C** opina:

*“Eso me parece muy mal. Entiendo a los padres, son ignorantes, no saben el idioma, no tienen papeles, van de aquí para allá y les da miedo que los expulsen, pero está mal”.*

Sus hijos, dice, se están adaptando bien a la nueva vida. La mujer, en cambio, encuentra problemas (historia número siete). En cuanto a **C**, se muestra en general satisfecho con lo que ha conseguido, especialmente cuando compara su trayectoria

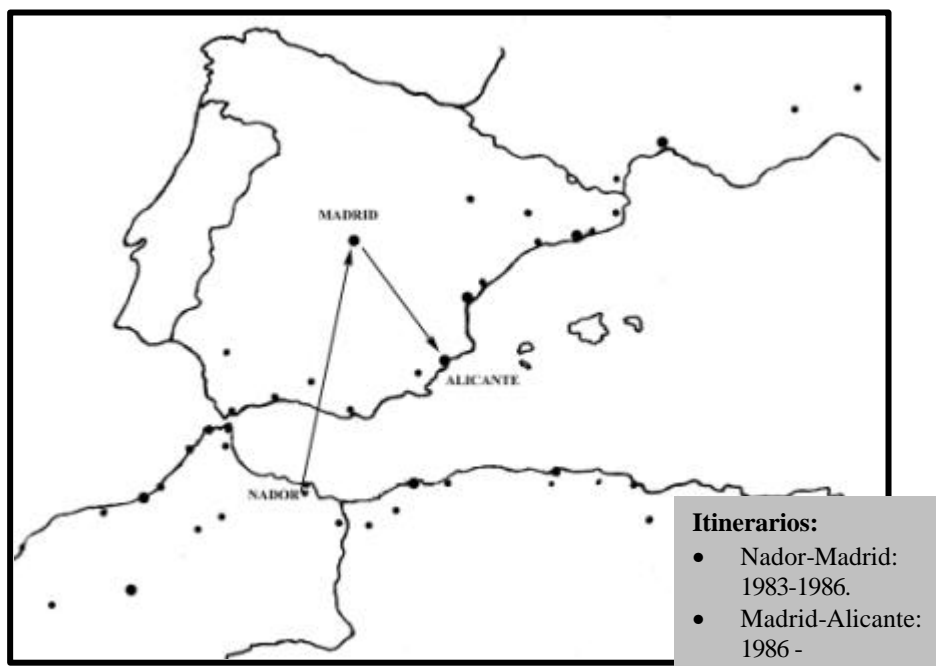
con la de otros. De todas formas, afirmó que ellos, “la primera generación”, tampoco importan mucho:

*“Pero cada vez hay más niños marroquíes en Alicante y habría que trabajar por su futuro desde ahora. A mí me gustaría volver a Marruecos un día, pero sé que si mis hijos crecen aquí, cuando sean mayores ésta será su tierra”.*



## Historia nº 4. D: La profesionalización de la ayuda.

**Ilustración 11. Desplazamientos migratorios de D\*:**



En los casos en que era posible, se complementó el trato directo con otras fuentes de información sobre los sujetos seleccionados. Se pretendía situar las trayectorias en relación, no sólo a sus protagonistas, sino también a la imagen que conocidos y *espectadores* se habían formado de los mismos. Para la persona que nos ocupa, las divergencias resultaron enormes. En ningún momento conseguimos discernir si nos encontrábamos ante un “líder” o frente a un “pícaro”. Sin embargo, nos hemos resistido a dejar al margen esta historia porque insinúa alguno de los problemas que han conducido a reiterados fracasos en el asociacionismo marroquí y

---

\* Elaboración propia.

a la desconfianza. No es nuestro propósito, o lo intentamos, *enjuiciar* a nadie.

Brevemente:

**D** procede de Nador y afirma que se tuvo que exiliar en España con motivo de las “revueltas del pan” de 1983, cuando prácticamente acababa de cumplir 22 años. Estuvo en Madrid, donde se reunía a menudo con estudiantes marroquíes, y en 1986 partió hacia Alicante para trabajar en la hostelería. Al poco de su llegada, había trabado conocimiento con otros emigrantes en la ciudad, quienes le aconsejaron en la búsqueda de un empleo. Abandonó también la pensión para trasladarse a un piso compartido. No trataba sólo emigrantes. Desde el primer mes, **D** se mostró muy abierto a la relación con españoles y con activistas políticos y agentes sociales de cualquier nacionalidad, como es habitual en los exiliados<sup>326</sup>. Legalmente, siempre ha conseguido mantener los permisos en vigor y, en el plano afectivo, tampoco ha acusado la soledad profunda que lamentan muchos extranjeros. El trabajo, en cambio, es más difícil. Se ha empleado de camarero o pinche, en almacenes y, sobre todo, en la construcción, pero en los noventa tuvo que afrontar largos periodos de paro (cuando lo vimos, estaba en esa situación).

No envía remesas a Marruecos y su actitud hacia el régimen y sus compatriotas es muy crítica. **D**, además, hace ostentación pública de un laicismo que resulta escandaloso para algunos (por ejemplo, fumando en Ramadán). Ello, pese a las apariencias, está lejos de significar que se haya apartado de la colonia. Sus relaciones son variopintas y frecuenta algunos centros de reunión de magrebíes en Alicante. Ofrece información y apoyo a los recién llegados e incluso, si la ocasión se presta,

---

<sup>326</sup> Sin embargo, este hombre no es reconocido como uno de los suyos por los opositores a Hassan en el exilio que trabajaban en la clandestinidad durante la segunda mitad de los años ochenta en Alicante.

les muestra la ciudad. A **D** le han acusado, sin embargo, de cobrar hasta por la compañía. Él, por su parte, dice que estas afirmaciones proceden de “reaccionarios” que no le perdonan su estilo de vida. Sean o no ciertas las quejas, la proliferación de personas que pretenden redondear sus ingresos mediante el cobro de los más diversos servicios a los emigrados, también creando necesidades, es un problema real y que tiende a incrementar la desconfianza de la gente<sup>327</sup>. De todos modos, en principio tampoco se puede alegar nada en contra de quienes profesionalizan el préstamo de atenciones personales. Al menos, mientras su ayuda sea efectiva y no desemboque en abusos.

*“El emigrante es una mercancía, todo el mundo se aprovecha, es un negocio, abogados, gestorías, mafias también, incluso los utilizan para competir por los salarios. Es una mercancía y nosotros mismos no lo sabemos. Están negociando con nosotros sin que nosotros lo sepamos. No se puede denunciar esto porque el emigrante no espera tener justicia. Primero está la amenaza de los papeles, la Ley de Extranjería. Tardan mucho las renovaciones y no pueden abrir la boca porque sienten la expulsión como amenaza. Ni siquiera en los medios. Habrá denuncias, pero a aquel que abra la boca y no le renueven el contrato ni la residencia, los medios no lo van a defender. Nadie los defiende. Es la voz de los sin voz. No existe” (Ibrahim Boulfrakh<sup>328</sup>).*

No abundaremos en la historia. Quienes conocen a **D** aseguran que es un buen fabulador y los tratos se han limitado a la toma de contacto y una entrevista

---

<sup>327</sup> Hace años se detectó la existencia de abogados que cobraban por acompañar a los extranjeros en sus gestiones ante el Gobierno Civil, cuando habitualmente eran innecesarios.

detallada, resultándonos imposible posteriormente corroborar esas y otras informaciones con el interesado. **D**, en los últimos años, se desplaza continuamente por la franja mediterránea y ha realizado varios viajes a Francia.

---

<sup>328</sup> Entrevista en Alicante a 8 de febrero de 1996.

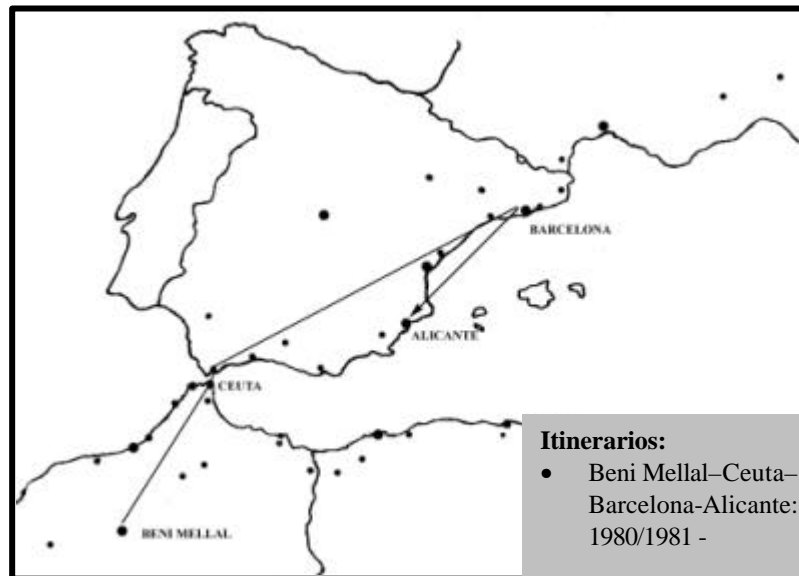
### 3.2.3. LA FAMILIA EXTENSA EN LA EMIGRACIÓN.

*“Venimos en agosto, en plena época de trilla en el pueblo y mientras estábamos en el departamento del tren, uno pensaba: ¿Qué harán allí? ¿Cómo estarán?. Con lo bien que lo pasábamos en la trilla... Y ahora –te preguntabas–, ahora, al llegar a Barcelona, ¿qué habrá allí? ¿Con qué nos encontraremos?. Veníamos asustados, cohibidos, como gente sin cultura, porque no sabíamos nada de esto...”*

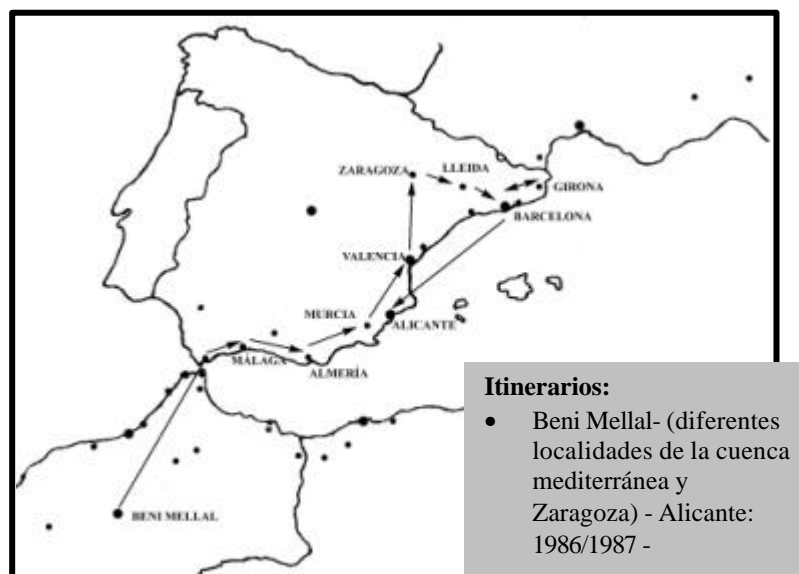
(Botey Vallès, J.: *Cinquanta-quatre relats d’immigració*, Centre d’Estudis de l’Hospitalet/Diputació de Barcelona, 1986, p. 97.)

## Historia nº 5. E, F, G y H: Conflictos generacionales.

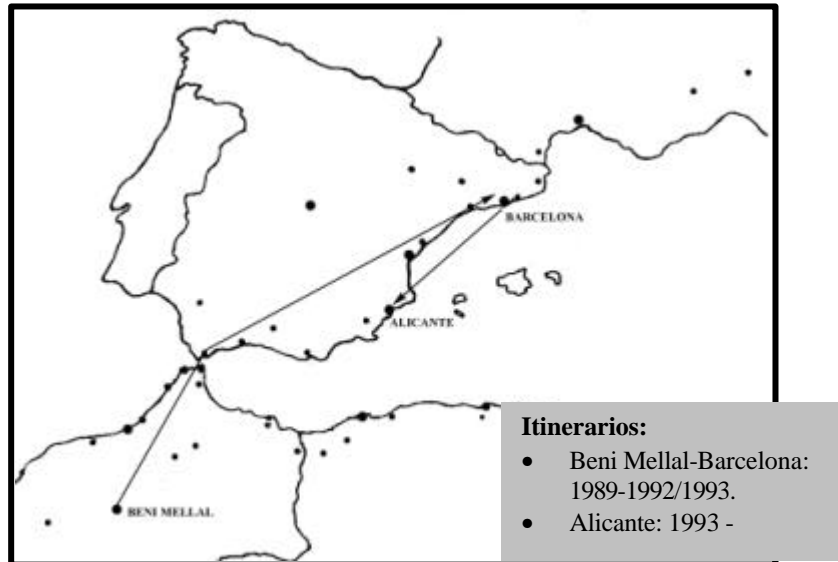
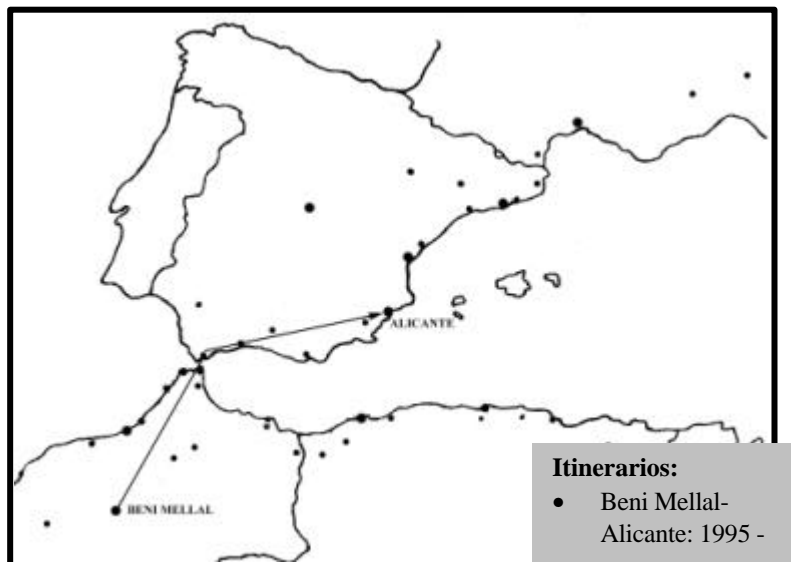
**Ilustración 12. Desplazamientos migratorios de E\*:**



**Ilustración 13. Desplazamientos migratorios de F:**



\*Elaboración propia.

**Ilustración 14. Desplazamientos migratorios de G:****Ilustración 15. Desplazamientos migratorios de H:**

**E** es el mayor de los hombres y el primero en instalarse en España, en 1980, cuando contaba 25 años “más o menos”, dice. Son de Beni Mellal, de origen campesino. Tras él fueron llegando un hermano, varios sobrinos, su esposa y los hijos. En Alicante, **E** reparte el trabajo y las ganancias, destinando a Marruecos todo lo que no es estrictamente necesario para la supervivencia. Actúa como un patriarca tradicional. Viven juntos, con la excepción del hermano. Las mujeres salen de casa lo imprescindible, el tío acuerda los matrimonios y es necesaria su aprobación para cualquier gasto suntuario. Maneja la familia.

Los sobrinos se quejan de las costumbres impuestas, pero acatan con respeto las decisiones del jerarca. **G**, a sus veintitantos años, tres de ellos residiendo en Barcelona con otros emigrantes, fumaba y bebía cerveza a escondidas (al menos durante el periodo en que realizamos las entrevistas), y había admitido sin reparos la novia elegida por su tío. Cuando se celebren las nupcias, la pareja vivirá en la casa común. **H**, nacido en 1979, se ve obligado a dormir en la furgoneta para evitar robos. Ambos fueron encomendados por sus padres a **E** y tienen un contrato a su cargo.

El hermano pequeño de **E**, que le lleva casi diez años, es, de momento, el único que se atreve a cuestionar su política y, también, el blanco privilegiado de los ataques de aquel, que critica su modo de vida disoluto y, en concreto, la afición a la bebida y el abandono del rezo. Casado con una española y en un piso propio, **F** depende, como los demás, económicamente de **E**. Pese a sus protestas y los enfrentamientos, trabaja de lunes a domingo, incluyendo festivos. Esta situación le causa problemas en su matrimonio.



Sin embargo, en una familia tan tradicional, la única que lleva camino de acceder a la educación superior es mujer, hija de otro de los hermanos en Marruecos. Le están gestionando el acceso a la Universidad española con la colaboración de su tío, quien responde ante las autoridades de los gastos de la chica.

*“En Túnez, Malika Zamiti Horchani observó que, si bien el 60 por 100 de los tunecinos interrogados se oponían a que las mujeres en general accediesen a una formación profesional, ya no son más que el 8 por 100 cuando se trata de su propia hija. (...). La misma autora añade que: Los hombres sueñan para sus hijas con las profesiones más cualificadas y más acaparadoras: cuadro superior, profesiones liberales, empresaria en el comercio, la industria y la agricultura”<sup>329</sup>.*

En la sociedad tradicional las hijas cuando se casan dejan el domicilio paterno para entrar a residir con una familia extraña. El temor al trato que reciban es común a muchos hombres. De aquí, en parte, que suspiren con un trabajo cualificado, por si un día las abandonan. No hemos tenido oportunidad de preguntar a la chica, todavía en Marruecos, pero resulta evidente un cambio en la situación económica de los progenitores. A diferencia de los ochenta, ahora disponen de capital y viven con desahogo, fundamentalmente gracias al ahorro de los emigrantes. Es un linaje en ascenso<sup>330</sup>.

---

<sup>329</sup> Lacoste-Dujardin, C.: *Las madres contra las mujeres*, op. cit., p. 260.

<sup>330</sup> En la primavera de 1998 la sobrina de E todavía no había entrado en España. No cumplía los requisitos exigidos para ser admitida en la universidad y le denegaron, además, el visado. Según su tío, prepara el examen de ingreso.

**E** mira hacia Marruecos. Desde hace más de tres lustros, su estancia es como un paréntesis que se compensa con el éxito entre los paisanos. Lo trajo la ruina de la agricultura. Hoy dispone de una vivienda nueva de dos plantas en el pueblo de origen, ha multiplicado las tierras de su propiedad y realizó varios envíos de tractores y otra maquinaria. La familia que permanece en la región vela por los cultivos. Aquí, sin embargo, no se permiten lujos. Los emigrantes comparten un piso en el Parque Ansaldo de San Juan, donde se trasladó **E** en 1985 (fue uno de los primeros emigrantes magrebíes en instalarse) y sus niños asisten al colegio de este barrio. La madre prácticamente sólo conoce de la provincia el camino de la escuela a casa o al domicilio de otras mujeres marroquíes, también vecinas de la misma zona. Desde su llegada, en la segunda mitad de los ochenta, siempre ha vivido allí y sus salidas al exterior se limitan a lo necesario. Los hombres se encargan de las grandes compras, en hipermercados, y resulta imposible verla a ella por el local o los puestos del marido. **E**, además, encuentra violento referirse a su esposa en presencia de extraños. Es una figura que se circunscribe al hogar y las noches. Él se levanta cada día a las seis o siete de la mañana para no regresar hasta que se ha puesto el sol. Almuerza y come por lo general en la trastienda de su establecimiento.

No sabemos cómo ha labrado su prosperidad. En lo que concierne al dinero, **E** se muestra receloso, desconfía. Quizás todo se limite a trabajo. En España no conoce el ocio. Tiene un local alquilado de venta al por mayor y comercio minorista en Alicante, furgoneta y un coche también apto para la carga. Mantiene tratos directos con los fabricantes, abonando siempre al contado, y fía mercancías por el sistema del “pago aplazado” a vendedores ambulantes. Se cuentan por decenas los

magrebíes que a temporadas le han adeudado las compras. La faena es mucha y la reparten entre él y los parientes<sup>331</sup>. Alternativamente, E y el sobrino mayor se abastecen en las fábricas, transportan los lotes o atienden el local. Su hermano hace los mercados, mientras el más joven ayuda a unos u otros, dependiendo del trabajo. Cuando el pasaje del barco de Argelia, con el que también negocian, se promete interesante (los aduaneros y la política influyen), los tres lo reciben. El domingo montan en Benidorm y, a veces, al atardecer ponen un puesto en el paseo de Alicante o en los pueblos en fiestas. Lo que importa es ocuparse, ahorrar para el futuro.

E no habla castellano y usa un francés mestizo, pero se entiende con los proveedores e, incluso cuando emplea el árabe, su conversación abunda en palabras españolas (casi siempre relativas al trabajo). Ha sido un pionero en muchos aspectos. De los primeros marroquíes en instalarse en Alicante, solo, uno también entre quienes iniciaron las corrientes migratorias al extranjero en su localidad, vendedor antes de que las redes de magrebíes favorecieran la multiplicación de los puestos. Tras 18 años triunfa en su tierra. Sin embargo, reside en la provincia y como tantos otros emigrados, por encima del desconocimiento del idioma, carece de los recursos y saberes más elementales para sus relaciones con la administración. Aunque goza del derecho a un permiso permanente, los “papeles” continúan angustiándolo. Sobre cómo vive la extranjería, contaremos una anécdota. Habiendo comparecido a una vista por cometer una infracción de tráfico en 1995, cuando nos tomó confianza apareció con el pliego de cargos. Le preocupaba si esto iba a tener consecuencias

---

<sup>331</sup> Durante una temporada, antes de la llegada de los sobrinos a Alicante, tuvo empleada a una chica española.

para la renovación de los permisos<sup>332</sup>. No había lugar a antecedentes penales, pero seguía inquieto y, de hecho, insistió tanto que nos sentimos obligados a encomendarle a un letrado amigo. Ante problemas semejantes, una vez aclarado el asunto, se facilitó a **E** la dirección de un par de asociaciones que trabajan con emigrantes en la ciudad, sugiriéndole un encuentro con los encargados. Se opuso alegando su falta de tiempo y que lo ignoraba todo sobre esas personas. **E** tiene confiada la documentación a una gestoría, paga por ello y, sin embargo, le preocupa. Manifiesta el convencimiento íntimo de que cuando las autoridades decidan expulsarlo, lo harán (“*es su país y ellos mandan*”) y no quiere causar problemas.

*“De España me gusta todo menos la Ley de Extranjería, pero es su derecho. Yo estoy aquí para trabajar y ahorrar dinero”.*

**E** rechaza las discusiones sobre política y sociedad. Sus amigos son marroquíes, apenas trata a la cuñada española (en parte porque cree que ésta hace que el hermano se aparte de sus deberes religiosos) y aunque conoce a muchos alicantinos, los contactos resultan circunstanciales. Se desarrollan en el trabajo, los servicios y las administraciones. La barrera idiomática le impide ir más allá.

En resumen, **E** parece vivir en un país y sentir desde otro, pero quizás la emigración lo haya cambiado más de lo que su propio testimonio deja entrever. ¿El retorno a Marruecos?. No se lo plantea. Piensa en un retiro lejano y en su familia.

A **F**, el pequeño, lo separa casi una década de su hermano. Está en la treintena y su modo de entender el mundo difiere radicalmente. Habla español y quiere vivir

---

<sup>332</sup> No sólo se estuvo asesorando él. Durante la temporada que lo tratamos, varios amigos suyos nos pidieron ayuda con los documentos. Ni gestor, ni abogado. Siendo español, bastaba.

“como la gente de aquí”. Le gusta pasear, salir de noche, el cine y las discotecas, y a menudo se brinda tales placeres a costa de birlar horas al sueño (E es muy estricto con el cumplimiento de los horarios). Uno vino por imperativos económicos, a trabajar, cuando ya era marido y el dinero no le alcanzaba para atender sus obligaciones; el otro sobraba en la tierra, pero ansiaba además un cambio. F entró por Algeciras con la intención de dirigirse a Francia. En compañía de dos amigos, anduvo rodando por diferentes provincias. Les guiaba el trabajo y el deseo de conocer nuevos paisajes, con las maletas siempre listas y el oído atento a lo que se relataba sobre las oportunidades para marroquíes. Hasta que su hermano mayor sugirió a la familia que lo podía necesitar.

Establecerse en Alicante con E significaba dar por terminada la aventura. Pero F vino porque los adultos no deben jugar indefinidamente a ser exploradores y menos cuando falta el dinero, la policía tiene potestad para dejarte en la frontera, y la familia te exige que cumplas. Puso condiciones. Deseaba una vivienda independiente y sueldo propio. Una vez en Alicante, F compartió casa con otros solteros, trabajando a comisión para su hermano. Desde entonces, la vida de ambos, exceptuando el plano laboral, discurre por cauces distintos. Él se enamoró y desposó con una española (se la habían presentado durante una noche de parranda). Aprendió el idioma, se endeudaron en un piso, lo amueblaron poco a poco, quieren cambiar de coche. No tienen niños. Desean *disfrutar los años de juventud* y, sobre todo, la paga, que con las letras pendientes no llega.

F se considera creyente, pero piensa que la fe se vive en el corazón antes que en los ritos. No reza, no va a la mezquita, bebe y en ocasiones quebrantó el

Ramadán. A sus hijos espera educarlos como buenos musulmanes. Será la segunda vez que “siente la cabeza”, en opinión de **E**. Esto, si antes el hecho de trabajar hasta los festivos, mañana, tarde y noche, no acaba con su matrimonio. **F**, que ha mantenido discusiones frecuentes con su esposa a cuenta de la familia y el tiempo de labor que le exige, afirma que la solución de su problema se encuentra en un empleo “normal”, asalariado, con horarios regulares y vacaciones. Pero no hay y cuando aparecen son eventuales. Sueña con montar su propio negocio y desea reunir un día el capital suficiente para ello. De momento, las letras del piso, el coche, hipotecan cada mes. A diferencia de la mujer, que sólo accede a faenas de temporada o por horas, él, al menos, dispone de una ocupación estable y su hermano se manifiesta convencido de que actúa del modo correcto, por el bien de todos. **E** no confía en el futuro. A su parecer, lo que hoy son ganancias, mañana podría convertirse en miseria. Cree en la tierra y manda dinero a Marruecos para modernizar las propiedades: ¿cultura islámica o cultura campesina?.

Resulta difícil describir a **G**, el primero de los sobrinos en instalarse en Alicante. Alegre, extrovertido, calla ante sus mayores. Entre sus amistades, destaca la de una mujer marroquí, unos diez años más vieja. Salen juntos y comparten largas charlas. Ella, a la que conoció en el trabajo, ha sido un gran apoyo para el chico. Le mostró la ciudad, le presentó gente, lo ayudó a integrarse. **G**, que reside en el Parque Ansaldo con su tío, la esposa de éste, los niños y el otro primo, afirma que su familia lo engañó para que viniese a la provincia, contándole falacias sobre lo que le esperaba. Sin embargo, obedece sin demoras las órdenes de un pariente que se muestra frente a él, cuanto menos en público, como el patrón.

En España desde finales de la década de los ochenta, **G** pasó los tres primeros años, de los 19 a los 22, empleado en las cocinas de un restaurante en Barcelona. Entonces aprendió a hablar castellano, algunas frases en catalán y supo de la existencia de una lengua propia, oficial como el español, antes de pisar Alicante. Hemos expuesto la trayectoria de unos emigrantes que, después de transcurrido mucho tiempo, continúan expresándose casi exclusivamente en francés. Su propio tío es un ejemplo. **G** también procede de la zona “francófona” de Marruecos, no tiene estudios universitarios, ni le conocemos relaciones afectivas con españolas. En su trabajo, casi todos eran extranjeros. Sin embargo, la colonia marroquí de Barcelona es antigua, numerosa y está mejor organizada que en Alicante. **G** asistió a fiestas, se apuntó a cursillos y no demuestra el miedo a la burocracia que atenaza a tantos de sus compatriotas. Defiende sus derechos cuando cree que se le conculcan. Posiblemente influya, en su actitud respecto a la Administración y el propio estatus de inmigrante, la edad del hombre, en la veintena, así como el hecho de haber crecido en un entorno en que la agricultura se desmoronaba y los medios de comunicación de masas, el consumo uniformizado, empezaban a imponer sus pautas. El tío fue a la escuela sólo el tiempo suficiente para aprender a leer; el sobrino más, pero no pasó de secundaria.

Aunque los factores a considerar son múltiples, no dejamos de constatar un mayor conocimiento del castellano entre los colectivos de marroquíes radicados en Barcelona, que entre los que tratamos en Alicante. A veces se ha dicho que la agrupación de emigrantes en los mismos barrios y la formación de colonias conducen al aislamiento. No estamos tan seguros. El hecho de residir con personas que han

compartido experiencias semejantes a las propias y de las que es posible aprender, proporciona al extranjero una mayor seguridad en sus relaciones con los “autóctonos”, al menos durante las etapas iniciales de la emigración. La colonia protege y se organiza con eficacia. Un ejemplo lo encontramos en los desplazamientos interiores. La existencia de barrios de emigrantes en las periferias urbanas, no ha impedido la integración de estos y, sobre todo, sus hijos, en los nuevos hábitats. Las condiciones necesarias para que aquella se produzca son otras y, en la práctica, la experiencia demuestra que un magrebí no está necesariamente mejor integrado porque viva entre alicantinos. Puede suceder, y pasa a menudo, que los tratos con los vecinos se limiten a la obligada cortesía o ni eso. Pero lo expuesto sólo es un interrogante. Las respuestas exigirían un análisis comparado.

**G** acompaña normalmente a su tío en el local, donde sus conocimientos idiomáticos suponen una gran ayuda. Él sí que mantiene relaciones de amistad con proveedores. Organiza cenas y encuentros. De todos modos, y a diferencia del hermano, se halla bajo la égida de **E**. Obedece sus indicaciones y le escamotea aquellos aspectos de su comportamiento susceptibles de desagradarle. El tío es el delegado del padre en la emigración y como a un padre se le acata. Un enfrentamiento supondría romper con el respeto y la veneración hacia los mayores aprendidos en la niñez (para los hermanos, en cambio, parece que, además de la jerarquía, los celos y la competencia también cuentan).

Cuando finalizaba la ronda de entrevistas, su boda estaba fechada. Se trataba de un matrimonio pactado por **E** con el beneplácito del padre en Marruecos. La novia, de Beni Mellal, hija de unos emigrantes radicados en el Parque Ansaldo,



trabaja de interna en una casa. En poco tiempo, ambas familias tenían pensado desplazarse al pueblo de origen para celebrar el acontecimiento con sus allegados. **G** se declaraba ilusionado por las nupcias. Apenas le presentaron a la chica, joven y agradable, nos participó sus deseos de formar un hogar. Habían planeado instalarse con el tío, pero esto sucedía el invierno de 1996 y, como sabemos, ninguna biografía está escrita de antemano.

[ Una vez en Marruecos, por motivos que excusamos explicar, el padre de la novia deshizo el acuerdo matrimonial. Meses después, **E** expulsó a su sobrino del trabajo y la casa. Actualmente, **G** se emplea en un restaurante del interior de la provincia. Dispone de un contrato permanente y comparte piso con otros emigrantes solteros. ]

**H**, el menor de los chicos, no tiene los recursos de los otros. A los 17 años vino directamente desde un medio campesino, falto de etapas migratorias anteriores, sin experiencia. Estaba desocupado en Marruecos y su madre, hermana de **E**, pidió ayuda al tío. Entró en España en 1995, con un visado real. La familia organizó el traslado.

A **H** lo conocimos cuando sólo llevaba tres meses en Alicante. Se escandalizaba al ver a las mujeres fumar por la calle y era evidente su turbación ante cualquier comentario de o sobre las mismas. Muchos lo tomaron como blanco de las bromas. Él, que habla árabe y francés (mal), se manifiesta agradecido por su suerte. Duerme a menudo en un coche, pero está contento. De ser un parado, sin futuro, ha pasado a ganar dinero y es objeto de envidia entre los amigos del pueblo. Aún así, siente nostalgia y se entusiasma describiendo su región. Habla de los bosques, los

baños en el río y las fiestas. Ahora no sale nunca (tampoco tiene con quien). Dice que no le importa trabajar cada día, para eso emigró, y desea contraer matrimonio joven. Fundará su hogar en Alicante porque Marruecos no ofrece oportunidades. A pesar de su edad, **H** demuestra más respeto por la tradición que la mayoría de los jóvenes magrebíes con quienes hemos tratado. Vivir en familia contribuye.

De las mujeres y los niños no podemos explicar nada. Unos y otras se sitúan al margen del mundo laboral y los espacios públicos desde los que entablamos relación con estas personas. Sólo lo que nos han contado los hombres adultos y que relatamos al principio. Están allí, en el Parque Ansaldo. **E** se resiste a que las turbemos con nuestra curiosidad.

*“Y, ¿para qué quieres hablar con mi mujer?. Pregúntame a mí”.*

Hemos oído frases parecidas muchas veces, no todas. Los matrimonios de magrebíes son tan variados como pueda imaginarse, e importan las distinciones entre una procedencia rural o urbana y las generaciones. A menudo, haber atravesado por etapas migratorias anteriores, influye también en una mayor apertura hacia modelos de pareja menos tradicionales. Las historias siguientes abordan trayectorias de mujeres. La primera está casada con uno de los sujetos citados (historia nº 3). Hasta 1994, este matrimonio vivió la separación. Será, en consecuencia, interesante comparar las diferentes versiones del hombre y la mujer sobre su vida en España. Ella no está contenta. Era más independiente en su país.

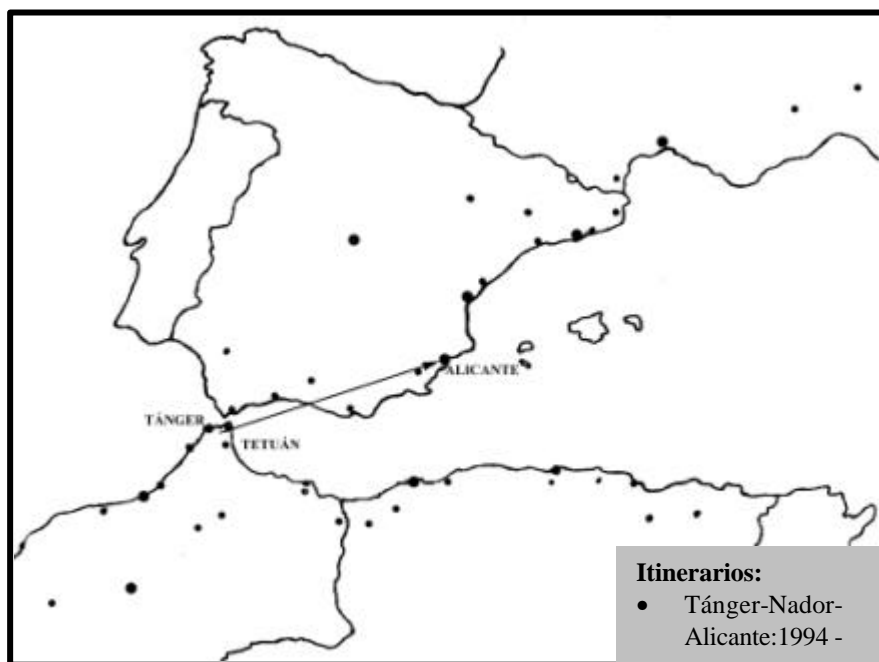
### **3.2.4. MUJERES MARROQUÍES EN ALICANTE. LA VIDA EN OCCIDENTE NO SIGNIFICA UNA “LIBERACIÓN”.**

*“En cuanto una sabía que estaba prohibido llevaba el harén en su interior”.*

( Fátima Mernissi: *Sueños en el umbral*)

## Historia nº 6. I: La nostalgia de Marruecos.

**Ilustración 16. Desplazamientos migratorios de I°:**



A su madre la criaron junto a otra niña española, de la misma edad, en un barrio árabe de Tánger. Compartían cama y se intercambiaban los vestidos. La madre de ésta, andaluza, no tenía familia en Marruecos y trabajaba de interna para unos ingleses. Ella y la abuela se hicieron buenas amigas. Tras la proclamación de independencia (en 1956), la española retornó a su país y, con este motivo, tuvo ocasión un acontecimiento excepcional en la vida de la madre de **I**, una chiquilla entonces. Su padre la trajo en barco, estuvieron en Gibraltar y visitaron también a la

---

• Elaboración propia.

*hermana*. Fue el viaje más largo que llegó a hacer. Pasado el tiempo, la andaluza se casó y emigraron a una ciudad del norte. Perdieron el contacto.

En Marruecos, mientras, se crecía deprisa. A los dieciséis años la madre de **I** sellaba sus nupcias con el hijo mayor del dueño de una tienda de comestibles. El chico había nacido en el Rif, pero vivía desde pequeño en Tánger. Ayudaba en el negocio a su padre, que fue quien le propuso que pidiera la mano de aquella niña. Aunque sólo se conocían de vista, no hubo objeciones. La pareja se instaló en casa de los abuelos paternos. Tuvieron siete hijos y perdieron tres. **I** es la más pequeña de los supervivientes. Nació en 1968.

En el piso de Alicante, una alfombra ocupa el pequeño comedor. Las mujeres, ella y la hermana de su marido, andan descalzas. El día que la vimos por vez primera, comenzaba el verano. **I** vestía vaqueros cortos y una camiseta amarilla. Su cuñada (se aloja temporalmente en la vivienda) llevaba chilaba. Entre las dos no parecían sumar cincuenta años. Eran las primeras horas de la tarde y los niños estaban en el colegio. El televisor, encendido, emitía la telenovela venezolana de la sobremesa. Las chicas la seguían a diario. Entienden bien el español, sobre todo **I**, que se expresa con relativa facilidad. A diferencia de otras esposas, ella disiente de las opiniones de su marido en presencia de extraños y sin más respetos que los debidos al huésped y a la intimidad del matrimonio. Le gusta estar casada, pero añora el trabajo y a las amigas. En Alicante vive esa reclusión involuntaria que le era ajena en su país. Las salidas se reducen al supermercado y algunas cenas en casa de matrimonios marroquíes. Se siente sola.

*“En Marruecos tenía casa y trabajo, incluso una mujer que venía a ayudar con los niños y la limpieza. Aquí todo son penalidades, vivimos con miserias, acabas de pagar una cosa y empiezas a pagar otra. Y él sale, pero yo me paso el día encerrada con los niños”.*

I ha permanecido más de cinco años separada de su marido. Los dos primeros, con un niño de pecho; el mayor, que empezaba a dar sus primeros pasos, y sin remesas, esperando que él tuviera suerte, se mantuvo bajo la protección de la suegra, pero el dinero escaseaba y en cuanto pudo encomendar los hijos a los cuidados de otra mujer, I retomó el trabajo. Los contactos de la familia le procuraron un puesto en la administración pública. Ejercía un oficio respetado, aportaba un sueldo y su posición de madre y esposa, le permitía gran libertad de movimientos. Después de un periodo inicial, él comenzó también a mandar dinero y arreglaron la casa.

*“Sólo nos faltaba volver a unirnos”.*

Aunque su matrimonio fue convenido por las familias, I se muestra en general satisfecha. Tiene un buen esposo, de casada conoció una nueva libertad (*“mientras estás soltera tus padres siempre tienen miedo”*) y lo quiere, afirma. Cuando C propuso el viaje a España, ella se ilusionó.

*“Pero en el tiempo que llevo aquí sólo he visto este piso, se me empieza a olvidar lo que es el trabajo. Con su sueldo, los gastos, tampoco puedo pensar en hacer una casa para vivir”.*

De la gente del campo, **I** expresa una opinión muy negativa y le molesta tener que marchar de la habitación cuando otros marroquíes acuden a consultar a su marido o de visita.

*“En mi casa no pasaba. Nos conocíamos todos”.*

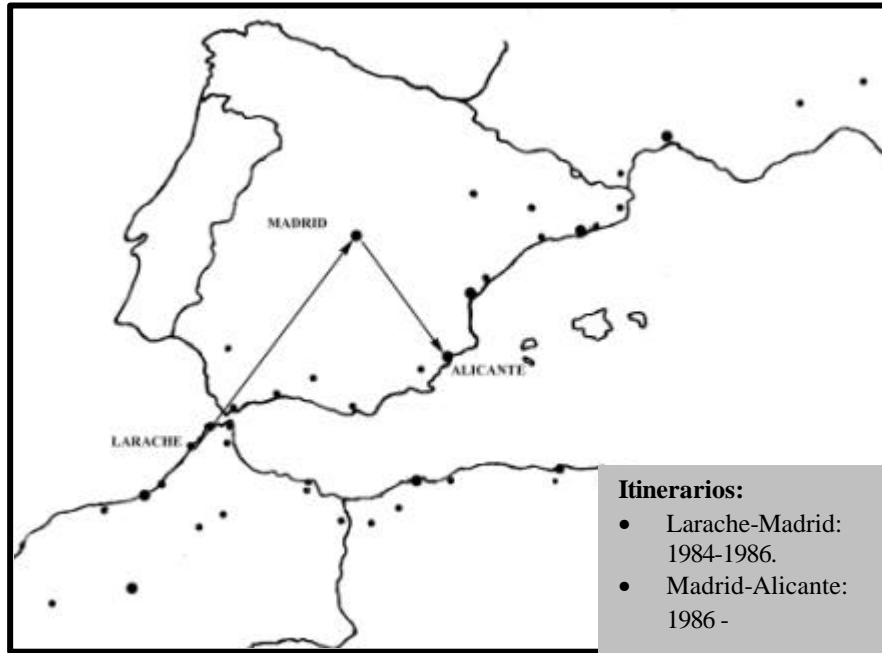
En cambio, disfruta de las compras y elaborando tartas para los invitados, especialmente en las celebraciones (mantiene los usos culinarios de su tierra). Ha pensado, además, en apuntarse a algún cursillo, de cocina o idiomas.

*“Mi marido está de acuerdo, pero ¿qué voy a hacer con los niños?. No los puedo dejar tanto tiempo solos”.*

Por lo que cuenta, y observamos, veía mucho la televisión. Quizás no siga haciéndolo. Se nos decía poco después de concluir las entrevistas que **I** había comenzado a impartir clases elementales de español para otras esposas marroquíes desde su domicilio. Es posible, en consecuencia, que haya cambiado su percepción sobre la vida de emigrante. Esté o no satisfecha, descarta un retorno a Marruecos. El modo en qué educa a los dos hijos y las esperanzas que deposita en su futuro, ofrece ya de por sí un testimonio de esta voluntad de permanencia. Desea que se apliquen, saquen buenas notas en los estudios y accedan a la Universidad. Espera un empleo distinto al de vendedor ambulante para ambos.

## Historia nº 7. J: El aislamiento

**Ilustración 17. Desplazamientos migratorios de J\*:**



**J** nació en una ciudad de Larache en 1959. Su familia, de origen rural, era pobre y con nueve años la mandaron a servir a una casa. Se ocupaba de los niños, fregaba, ayudaba en la cocina, todo a cambio de su manutención y un pequeño sueldo que le era abonado directamente al padre. Al cumplir los catorce, fue entregada en matrimonio a un amigo de aquel, de más de cuarenta. Le dio un hijo. Vivían en una chabola, como otros emigrantes del campo, y ella nunca dejó de trabajar. Cosía en casa por encargo, lavaba, planchaba, lo que saliese. El marido de **J**, que vendía por los zocos, pasaba a menudo semanas sin aparecer y era aficionado al alcohol, un

---

\*Elaboración propia.



vicio que menguaba en mucho sus ganancias. Murió cuando ella tenía veinticuatro años. Su hijo, que ya había hecho los ocho, fue reclamado por la familia paterna y los demás se mostraron de acuerdo, incluida **J**, quien acabó convencida de que una mujer pobre, sola y analfabeta no podía atender bien a un niño. Lleva casi tres lustros sin verlo.

**J** entró en España en 1984 detrás de un marroquí residente en Madrid, a quien había conocido durante el verano. Ella misma afirma que no tenía nada que perder. En la casa de sus padres, donde había regresado viuda, coexistían varias generaciones en dos piezas y su posición era delicada. Nadie la ayudó con los gastos. Se pagó el pasaje para viajar sola hasta una ciudad desconocida. Hizo el trayecto desde Algeciras en autobús. La relación, sin embargo, resultó poco afortunada. Su amigo compartía vivienda con más emigrantes y frecuentemente no aparecía por las noches (se veía con otra mujer). Ella, que pronto encontró trabajo de asistenta, se fue a una pensión. En pocos meses, terminarían estos amores.

**J** vive en Alicante desde 1986. Entre sus empleadores, unos que veraneaban en la provincia le hablaron de cierta señora que buscaba una interna doméstica. Era un trabajo seguro y ella pensó que, en ese piso, podría ahorrar. No le dolió abandonar Madrid.

Durante más de una década, **J** ha residido en la costa como *inmigrante ilegal*. En 1996 cobraba 60.000 pesetas mensuales y la comida. Nunca le han ofrecido un contrato de trabajo. Tampoco se lamenta. Envía casi todo el sueldo a Marruecos, aunque el hijo, que está enterado de los motivos de su marcha, no quiere saber nada de ella. **J** se está construyendo una casa y confía en que el tiempo haga recapacitar a

éste y pueda hacer las paces con la madre en el retiro. Mientras, su vida no tiene mucho de envidiable, pero esa es nuestra opinión. **J** ha dejado atrás los días en que ni siquiera tenía asegurada una alimentación suficiente, vive una rutina tranquila, el trabajo no le resulta agotador. Se manifiesta satisfecha.

Hablamos de una mujer avejentada (aparenta más de cincuenta años), que en sus tardes libres pasea sola por la ciudad. Habla español y la policía nunca la ha parado. Apenas se relaciona con marroquíes de la provincia (ni con españoles). Hace tiempo trabó amistad con una emigrante casada, que la invitaba a cenas y té. Después, ésta se marchó a Francia y, al ser analfabetas, no se escriben. En cuanto a la familia de Larache, **J** envía ayudas, pero no ha vuelto a visitarlos. A veces, les manda por correo una cinta grabada y ellos la telefonean o le remiten mensajes con los paisanos que retornan. Cuando acontece algo importante o hay problemas. Vive aislada.

**J** tiene un televisor pequeño en su cuarto y siente predilección por las novelas, los melodramas, las películas de Cantinflas y programas como “Sorpresa, ¡sorpresa!” o “¿Quién sabe dónde?”:

*“Son cosas que les pasa a la gente, problemas de verdad”.*

Su primera impresión de España y los españoles fue de bienestar económico, pulcritud, pero durante estos años *ha visto cosas que la han hecho cambiar de idea*. Sueña para el futuro con ser señora en una casa “de verdad” y no se plantea más relaciones sentimentales.